



www.loqueleo.santillana.com

Título original: CUENTOS DE MUJERES

© Selección: 2017, Andrés Blanco Díaz

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-470-8

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Editora de Revistas, S.R.L.

Impreso en República Dominicana

Primera edición: marzo de 2018

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Andrés Blanco Díaz

Fotografías: Archivo de Andrés Blanco Díaz y www.istockphoto.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

CUENTOS DE MUJERES

Antología

Selección de **Andrés Blanco Díaz**

loqueleg

Isabel Amechazurra de Pellerano

- Un milagro
- Cuento
- Milagro



Isabel Amechazurra de Pellerano nació en Sagua la Grande, Cuba, en 1868. Fueron sus padres el empresario azucarero Juan Amechazurra e Isabel Machín y Peñate.

Llegó a la República Dominicana siendo una niña, cuando sus progenitores salieron de la mayor de las Antillas a raíz de la Guerra de los Diez Años y se establecieron en San Pedro de Macorís.

8 En 1888 contrajo matrimonio con el poeta Arturo Pellerano Castro (Byron), el celebrado autor de las *Criollas*.

En 1892 fue incluida en la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, preparada con motivo de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.

Estuvo entre las fundadoras del Club Nosotras en 1927, conjuntamente con Celeste Woss y Gil, Abigaíl Mejía, Ana Teresa Paradas, Elpidia Gautier, Pouppé Soler y Arminda García de Contreras, entre otras, y formó parte de su primer Consejo Directivo. También fue miembro de la Acción Feminista Dominicana, fundada en 1931.

Sus poesías y cuentos, generalmente cortos estos últimos, aparecieron en las publicaciones periódicas de la época, entre estas el *Listín Diario* y las revistas *Blanco y Negro* y *Fémima*, utilizando tanto su nombre como el seudónimo de Belisa, que es el anagrama de Isabel. En 2014 la Fundación Pellerano y Herrera recopiló sus escritos poéticos y narrativos que estaban en su mayoría inéditos, y los publicó en un volumen titulado *Obras reunidas*.

Falleció en Santo Domingo el 24 de enero de 1953.

Un milagro

I

Aquella noche, víspera de Reyes, la condesa pidió su coche para ir a tiendas. Los criados se miraron consternados; ¿estaría loca la señora? ¿ir a las tiendas para qué? ¿Para qué, si ya no había en la casa piecicito infantil que calzase el zapatito que había de ponerse al balcón para que vaciasen en él los regalos de los Santos Reyes? Sí; sin duda, la muerte del pequeño trastornaba el cerebro de la señora. Mas no pudo ser desobedecida la orden dada con tono imperioso y el coche estuvo dispuesto para la hora indicada.

II

Acompañada de su doncella, la condesa paseó las iluminadas calles, en donde la multitud iba y venía en un afanar de hacendosas abejas y, en una de esas calles, bajándose del coche seguida de su doncella, fue a detenerse delante de una vitrina colmada de juguetes. Había allí

cuanto la imaginación infantil podía desear: muñecas de lujosos trajes, bebés desnudos, polichinelas de embadurnados rostros, diminutas vajillas de porcelana, fusiles, trompos, tambores... La condesa, perdida la mente en recuerdos retrospectivos, detuvo su mirada en cada uno de aquellos juguetes, acariciándolos al evocar la visión de unas manecitas blancas, enantes vivas e inquietas, ahora inmóviles, yacentes, como lirios tronchados, en la urna silenciosa de un sarcófago. Y estando así, abstraída en el dolor de aquel ensueño, escuchó el diálogo infantil de dos niños que, junto a ella, miraban la vitrina.

III

—Mira, Lalo: ¡qué muñeca tan linda! Tiene un traje azul de seda, zapatillas de raso y sombrero con plumas. ¿Cerrará los ojitos? ¿Dirá “mamá” y “papá”? ¡Ah! si los Santos Reyes me trajesen una así.

—¿Y aquel fusil, Nena, no lo ves? Y aquella tambora, y aquella corneta. Si fuesen míos jugaríamos a la guerra en el patio de casa...

—Pero Lalo (y la voz de la niña sonaba triste), no tenemos zapatos para poner a la puerta...

—No llores, tontina: pondremos la chancleta de mamá. Los Santos Reyes pasan a media noche y no se darán cuenta.

Violos entonces la condesa; ¡pobrecitos! Iban sucios, descalzos; él, con una gorra raída; ella con un pañolín desteñido anudado al cuello.

Antes de alejarse de la vitrina, los niños dirigieron una última mirada a los juguetes codiciados y volviendo el rostro hacia el cielo, en donde suponían asomados a los Santos Reyes, dijeron con voz suplicante:

—¡Santo Rey, quiero esa muñeca!

—Santo Rey, quiero un fusil, una tambora, una corneta...

—Sigue a esos niños —dijo la condesa a su doncella—; ve la calle y el número de la casa en que viven, y vuelve luego; aquí te esperaré.

IV

Cuando Nena y Lalo llegaron a su casa encontraron a su madre ocupada en su labor de planchadora. Sentados en el suelo, frente a ella, los dos niños contaron cuanto habían visto en su excursión por las tiendas de juguetes, deleitándose en la descripción de los objetos codiciados.

La madre escuchaba taciturna; ¿cómo compraría aquellos juguetes si no tenía en su bolsillo más que unos míseros centavos para la merienda del siguiente día? ¿Cómo satisfacer el anhelo de sus dos hijos?...

Un gemido brotó de sus labios: para acallarlos dejó caer con fuerza la plancha sobre la pieza almidonada y dijo luego, ansiosa de hallar solución a su conflicto:

—Pero, hijos, no tenéis zapatos...

—Tus chancletas, mamá, nos prestarás tus chancletas...

V

Las chancletas a la puerta; regocijados los niños en la alcoba; en la salita débilmente alumbrada por una mala candileja quedó la pobre madre abismada en sus tristes pensamientos. ¡Qué miseria la suya desde que la muerte le arrebató al padre de sus hijos! Cuando él vivía ganaba lo suficiente para traer a la casa todo lo necesario, y para Reyes ¡Santo Dios!, ¡cómo se complacía el pobre en ser un Rey dadivoso para sus hijos! ¡Y ahora!... —recordó que estaban a la puerta sus chancletas; pensó lo que sufrirían sus niños viéndolas vacías al día siguiente; y en una explosión de inmensa pena cayó de rodillas.

—Virgen de los Desamparados —invocó con tembloroso acento alzando al cielo sus manos juntas: ¡ve mi angustia; ve la miseria de mi casa; ten piedad de mi dolor!, ¡ten piedad de la inocencia de mis hijos!

VI

Mientras duró su vida recordó la madre aquel milagro de la noche víspera de Reyes... A su invocación la puerta de la calle se había abierto suave, suavemente, y la Virgen de los Desamparados, —¡quién, sino ella, podía ser aquella mujer enlutada, de bellísimo rostro por el que se difundía una como luz celestial de infinita dulzura ultraterrestre!— acercándose a la mesa de planchar había colocado en ella juguetes para los niños, mientras decía con voz que a la atónita madre se le antojaba no ser voz humana:

—Esto, para Nena; esto para Lalo...

Y luego, alzando en alto un bolsillo de plata lleno de monedas, había concluido:

—¡Y esto... para vos!

Febrero de 1919